



**Nemesio Jiménez González, 75 años.**  
**Cintia Gonzalo Gil, 22 años.**

## La ilusión de llevar zapatos

“La vida es sueño”, dijo el gran Calderón de la Barca hace ya algunos siglos. Y razón no le faltaba, todo el mundo tiene uno; y es sin duda esa ilusión la que nos mantiene vivos y nos hace tirar hacia delante cada día. Nemesio Jiménez no iba a ser menos. Así pues, su historia es la de un hombre cuyo sueño era llevar zapatos.

En un pueblo segoviano llamado Montejo de Arévalo nació un frío día de invierno de 1931, al seno de una humilde familia, Nemesio Jiménez González. Los primeros años de su vida están marcados por la enorme convulsión sociopolítica que tuvo lugar durante la Segunda República y la Guerra Civil española. De su infancia recuerda como un día que se fue a echar la siesta, un ruidoso sonido le hizo despertarse llorando. Pensó que habían tirado una bomba, cuando en realidad lo que había escuchado era tan solo un portazo; experiencia que sin duda demuestra el miedo y la inquietud que existió durante la contienda. Prueba de la precariedad en la que vivía era su casa, un pajar que su padre compró por 27 pesetas y un pernil de tocino. “No había ni suelo, se cogían los excrementos de las vacas, se batían y con eso se hacía una dura corteza”, explica. Desde niño empezó a trabajar, primero en la escarda y recogiendo leña, para después seguir los pasos de su padre –que era pastor- y comenzar su andadura como zagal. Con tanto trabajo, durante el día no quedaba tiempo para ir a la escuela. Por entonces, un profesor del pueblo se fijó en él y le pidió a su padre que le dejara asistir al colegio por las noches. Fue en ese momento, cuando se prometió llegar algún día a cambiar las abarcas por zapatos.

La llegada del amor. Poco después de cumplir los 19 años, un amigo suyo le habló de la posibilidad de marchar a un pueblo cercano donde le pagarían más por ajustarse como pastor. Allí, estaba trabajando un labrador con quien forjó una buena amistad. Iba mucho a casa de este, de forma que conoció a Marina, su hermana. Al principio no reparó en ella, aun era una niña (seis años menor que él); y además él había dejado a una chica en su pueblo con la que estaba saliendo. Sin embargo, una tarde en su casa una chispa de la lumbre quemó una de las zapatillas de Nemesio. Estaban recién estrenadas y tardaría meses en poder comprarse otras, de modo que Marina se ofreció a cosérselas. Ese pequeño detalle, le llegó al corazón y ya nunca más pudo verla solo como la hermana del labrador. “Parece mentira como, a veces, una cosa tan insignificante marca tanto a las personas”, reconoce emocionado. En 1952, momento para el cual ya habían comenzado la relación, marchó a hacer el servicio militar durante 18 meses. Entretanto, su historia de amor sobrevivió gracias a las cartas que se escribían. Un día recibió una carta con una letra distinta a las anteriores. Sorprendido, le preguntó a Marina porque no le había escrito ella en esta ocasión. A lo que ella le contestó: “Es ahora cuando te escribo yo, antes lo hacía mi hermana, pero en este tiempo he aprendido a escribir por ti”.

La carrera de ascensos. Para 1954, ya de vuelta de la mili, se le presenta la oportunidad de irse a Madrid como montador de persianas. No duda en aceptarlo, ya que su sueño de poder calzar zapatos seguía presente. Marina se hubiera ido de buena gana detrás de él, pero dada la mentalidad de los pueblos de la época habría sido criticada duramente. Asimismo, ella partió a servir a Bilbao. De nuevo el



romántico, y por desgracia hoy en desuso, género epistolar permitió no solo que la llama de su amor no se acabase, sino que sus lazos se estrechasen mucho más.

Mientras, su afán de superación no cesaba, por lo que en 1957 se decidió a echar una instancia, que le aprobaron, en la Empresa Municipal de Transportes para el puesto de cobrador. Un año después, Marina se trasladó a Madrid, se casaron y posteriormente tuvieron dos hijas. Para sacar a su familia adelante, tras acabar su jornada de trabajo se dedicaba a arreglar persianas, y en sus ratos libres sacó tiempo para realizar un curso de pintura y decoración, una de sus pasiones. En 1964, un vecino que trabajaba en el Banco Popular le animó a echar una solicitud para ser ordenanza. Gracias a su recomendación consiguió el puesto, pero detrás de este logro estaba de nuevo su esposa. Si ese hombre le favoreció fue porque Marina no había tenido inconveniente de tratar al hijo de este vecino como uno más en su casa. "Sé que fue en agradecimiento a la generosidad de mi mujer por lo que me ayudó", cuenta. En 1969, ascendió a auxiliar administrativo, nueve años después consiguió ser oficial administrativo y para 1985 era ya jefe de grupo, cargo en el que se jubiló. En la actualidad, Nemesio, a sus 75 años de edad disfruta haciendo todo aquello que no tuvo tiempo de hacer antes. Hoy respira tranquilo, mientras recoge los frutos de lo que con tanto ardor cosechó a lo largo de su vida. El esfuerzo ha merecido la pena, porque después de todo su sueño se ha hecho realidad.

## Lo importante de la vida

La forma de vida de la sociedad desarrollada, ha experimentado una tendencia que conduce al olvido de nuestros mayores. Resulta vergonzosa la dureza con la que, en ocasiones, podemos llegar a tratar a los que despectivamente llamamos "viejos". Qué irresponsabilidad más grande la nuestra al no querer escucharlos. Quien mejor que ellos para aconsejarnos, para transmitirnos la energía suficiente para salir adelante cuando no nos quedan fuerzas; en definitiva quien mejor que ellos para contarnos por qué merece la pena vivir. "La mayoría de los mayores amamos la vida con locura", afirma Nemesio. Esta realidad se contrapone con la poca estima que muchos jóvenes tienen a su vida. Precisamente, ayer leyendo unas estadísticas en un periódico me encontraba con la otra cara de la moneda. El artículo presentaba al suicidio como la segunda causa de muerte entre los jóvenes españoles, tras los accidentes de circulación. Curioso, cuanto menos. Una posible explicación a este fenómeno, desde el punto de vista de Nemesio Jiménez, es el exceso de cosas que está a nuestro alcance en la actualidad, el abanico de posibilidades al que podemos acceder, que hace que no valoremos nada. Él anima a la gente a "vivir cada día disfrutando, no despreciando las cosas" y a que "cuando vengan las vacas flacas, esperen a las gordas". A sus 75 años de edad está ilusionado con un montón de proyectos. Ha terminado un curso de informática, y ahora está metido de lleno en otro de marquetaría, otro de pintura en tela y otro de gramática. ¡Casi nada! Dice que le falta tiempo para aprender todas las cosas en las que está interesado. "Maldigo al inventor de la cama", bromea. Cuando le pregunto por si tiene algún problema de salud, me cuenta que tuvo una úlcera sangrante, que ahora recibe tratamiento y que tiene una prótesis en cada cadera. "Estoy tullido de dolores, pero con dolores o no vivo cada minuto con intensidad. Quiero seguir viviendo", reconoce. Hace unos días recibí una llamada suya, estaba en el hospital, le iban a operar de nuevo de la cadera. Quería saber que tal me iba con la elaboración de su historia. No puedo ocultar que se me pusieron los pelos de punta al escucharle, a punto de ser operado y mantenía intactas sus ilusiones. Bonito mensaje.

